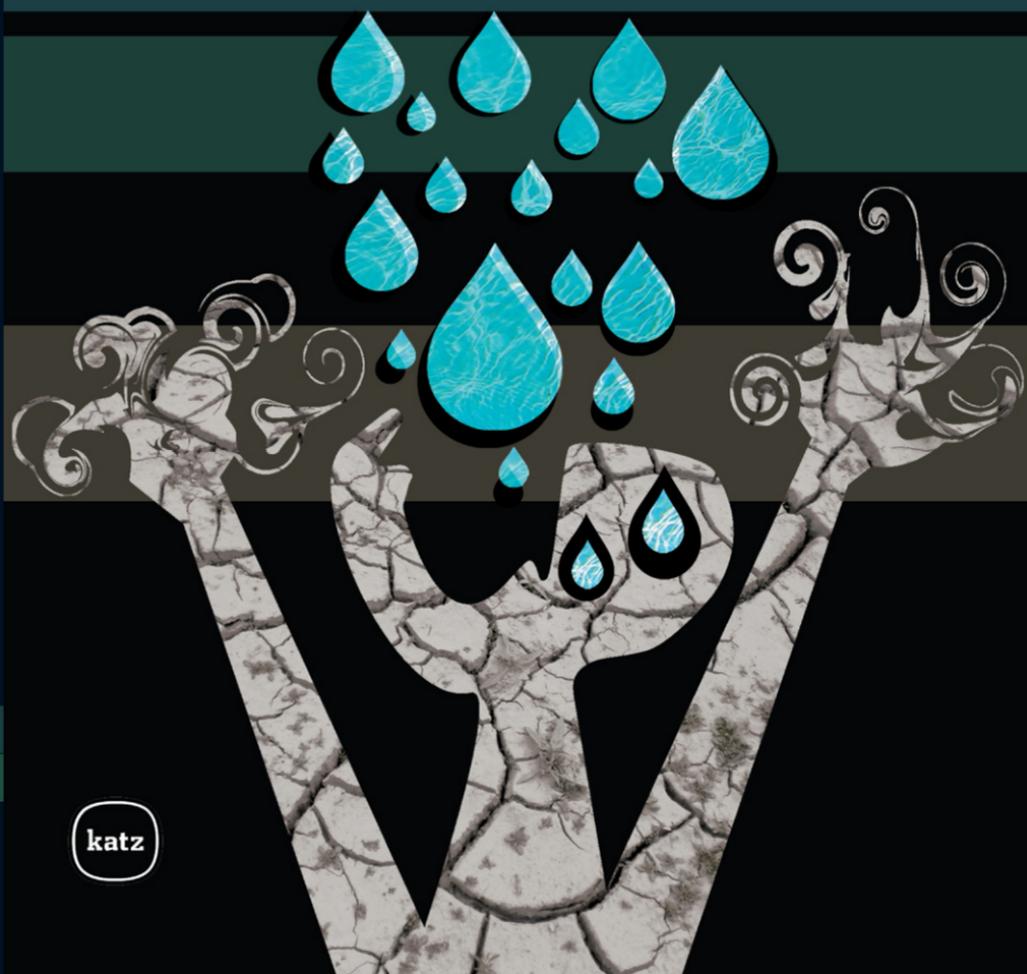


Harald Welzer

Guerras climáticas

Por qué mataremos (y nos matarán)
en el siglo XXI



katz

Guerras climáticas

Del mismo autor

Das Ende der Welt, wie wir sie kannten. Klima, Zukunft und die Chancen der Demokratie (en colaboración con Claus Leggewie), Frankfurt del Main, 2010

Der Krieg der Erinnerung. Holocaust, Kollaboration und Widerstand im europäischen Gedächtnis, Frankfurt del Main, 2007

Warum Menschen sich erinnern können. Fortschritte der interdisziplinären Gedächtnisforschung, Stuttgart, 2006

Das autobiographische Gedächtnis. Hirnorganische Grundlagen und biosoziale Entwicklung (en colaboración con H. J. Markowitsch), Stuttgart, 2005

Täter. Wie aus ganz normalen Menschen Massenmörder werden, Frankfurt del Main, 2005

“Opa war kein Nazi”. Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis (en colaboración con S. Moller y K. Tschuggnall), Frankfurt del Main, 2002

Das kommunikative Gedächtnis. Eine Theorie der Erinnerung, Múnich, 2002

Das soziale Gedächtnis. Geschichte, Erinnerung, Tradierung, Hamburgo, 2001

Harald Welzer

Guerras climáticas

Por qué mataremos (y nos matarán)
en el siglo XXI

Traducido por Alejandra Obermeier



Primera edición, 2010

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Calle del Barco 40, 3º D
28004-Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Klimakriege. Wofür im 21. Jahrhundert getötet wird*

© 2008 S. Fischer Verlag GmbH
Frankfurt am Main

La edición de esta obra fue subsidiada con fondos de Litrix.de, un proyecto del Goethe-Institut.



ISBN Argentina: 978-987-1566-50-1

ISBN España: 978-84-92946-27-3

1. Climatología. 2. Calentamiento Global. I. Alejandra Obermeier, trad. II. Título
CDD 363.738 74

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholón kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades

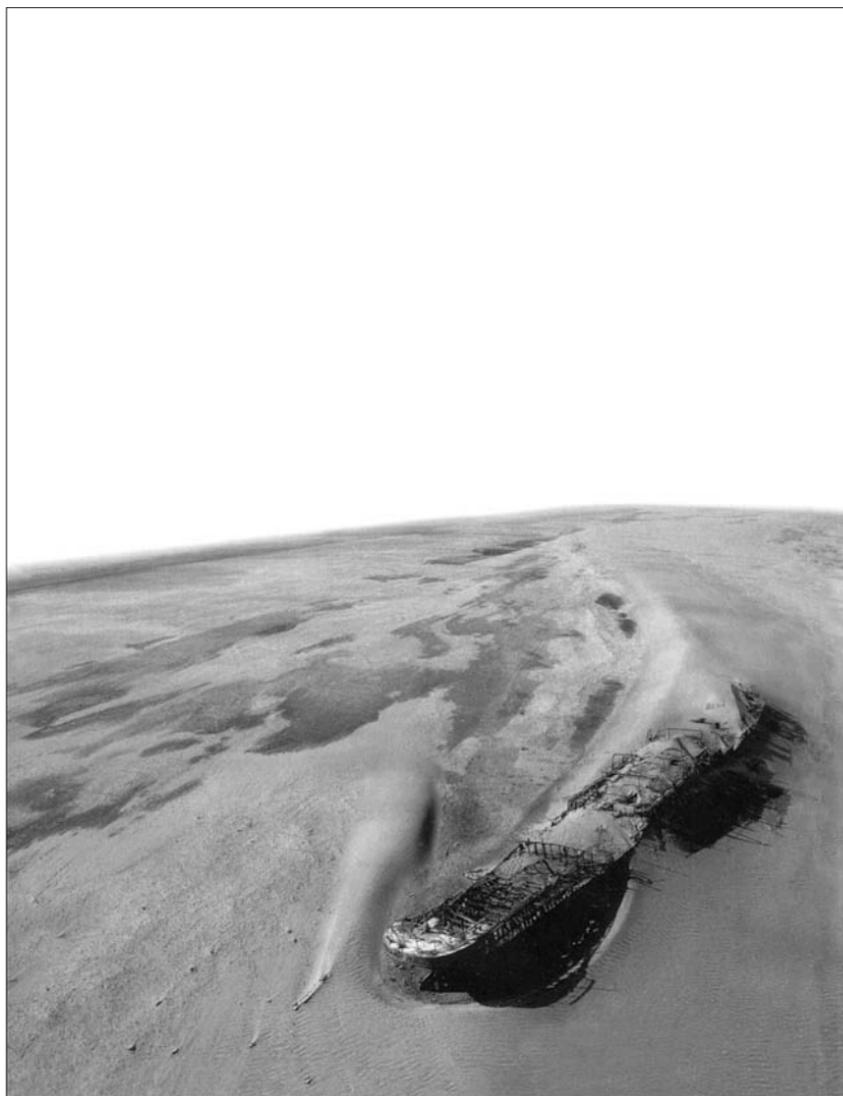
Depósito legal: B-45545-2010

Índice

- 7 Agradecimientos

- 9 Un buque en el desierto. Pasado y futuro de la violencia
- 19 Conflictos climáticos
- 47 Calentamiento global y catástrofes sociales
- 61 Cambio climático. Un panorama sintético
- 71 Matar ayer
- 91 Matar hoy. Ecocidios
- 145 Matar mañana. Guerras permanentes, limpiezas étnicas, terrorismo, desplazamiento de las fronteras
- 243 Personas transformadas en realidades transformadas
- 275 El renacimiento de viejos conflictos: fe, clases, recursos y la erosión de la democracia
- 283 Más violencia
- 287 Lo que se puede hacer y lo que no (I)
- 311 Lo que se puede hacer y lo que no (II)

- 317 Bibliografía
- 331 Índice analítico
- 341 Índice de nombres



Buque correo "Eduard Bohlen", cubierto por la arena del desierto de Namibia.

Agradecimientos

La idea de escribir un libro sobre la relación entre el cambio climático y la violencia nació después de que, en el año de las ciencias humanas, el semanario *Die Zeit* me encargara escribir un texto programático sobre el futuro de las disciplinas contemplativas de las ciencias humanas y de la cultura: para mí, una bienvenida ocasión de exigir de parte de los y las colegas más atención hacia los profundos procesos de transformación social que estamos viviendo. “Eso que en la actualidad designamos como ‘cambio climático’ –escribí por entonces– constituirá el mayor desafío de la modernidad, máxime debido a que se volverá ineludible la cuestión de cómo proceder con las masas de refugiados que no podrán seguir subsistiendo en los lugares de los que provienen y que querrán tener una participación efectiva en las oportunidades de supervivencia de los países privilegiados. Por la investigación de los genocidios sabemos con qué rapidez la solución de las cuestiones sociales puede derivar en definiciones radicales y en acciones letales, y que podamos impedir que eso suceda dependerá de si hemos sido capaces o no de aprender de la historia.” Esas frases, escritas por entonces en un tono un tanto exaltado, curiosamente se convirtieron muy pronto en una invitación a mí mismo a seguir pensándolas. En ese sentido, en realidad es Elisabeth von Thadden de *Die Zeit* quien, sin saberlo, dio de este modo el puntapié inicial para la escritura de *Guerras climáticas*. Otro impulso importante provino de mi trabajo conjunto con Tobias Debiel en un proyecto sobre las *Failing societies*: allí aprendí muchísimo sobre las sociedades que fracasan. Algunos gráficos de este libro provienen de la importantísima publicación *Globale*

Trends, que Tobias Debiel edita en forma conjunta con Dirk Messner y Franz Nuscheler: mi más caluroso agradecimiento también por ello. Luego hay muchas personas que pusieron a mi disposición sus investigaciones para el presente libro: mi agradecimiento a Scharsad Amiri, Karin Schürmann, Jacques Chlopzyk, David Keller, Christian Gudehus, Bernd Sommer, Alfred Hirsch y especialmente a Sebastian Wessel por el despliegue, el esfuerzo y el compromiso. Un caluroso agradecimiento también a Romuald Karmakar por las discusiones y por sus consejos. El Kulturwissenschaftliches Institut en Hesse me ofrece, especialmente en las personas de Claus Leggewie, Ludger Heidbrink, Jörn Rösen y Norbert Jegelka, no sólo el clima inspirador y de camaradería necesarios para encarar proyectos tan riesgosos como el de las “Guerras climáticas”, sino también numerosas oportunidades de discutir y someter a juicio crítico distintos temas e ideas. Un agradecimiento muy especial a Dana Giesecke, que no sólo participó activamente de la investigación, revisó el texto con minuciosidad y confeccionó los índices, sino que, gracias a sus críticas empecinadas, les ahorró a los lectores y a las lectoras de este libro unas cuantas redundancias y filetes retóricas. Su compromiso constante fue una ayuda invaluable para mí. Y, finalmente, vaya mi agradecimiento también a mi editorial de confianza, más precisamente a Peter Sillem, Anita Jantzer y, especialmente, a Heidi Borhau y a Walter Pehle.

Un buque en el desierto

Pasado y futuro de la violencia

Un sonido metálico a mis espaldas me hizo volver la cabeza. Seis negros avanzaban en fila, ascendiendo con esfuerzo visible el sendero. Caminaban lentamente, el gesto erguido, balanceando pequeñas canastas llenas de tierra sobre las cabezas. Aquel sonido se acompañaba con sus pasos. [...] Podía verles todas las costillas; las uniones de sus miembros eran como nudos de una cuerda. Cada uno llevaba atado al cuello un collar de hierro, y estaban atados por una cadena cuyos eslabones colgaban entre ellos, con un rítmico sonido.*

Esta escena, que Joseph Conrad describe en su novela *El corazón de las tinieblas*, transcurre durante el florecimiento del colonialismo europeo; desde la perspectiva actual, hace más de cien años.

La despiadada brutalidad con la que los países de industrialización temprana buscaron por entonces saciar su hambre de materias primas, tierras y poder, una brutalidad que dejó su marca en los continentes, ya no puede leerse a partir de las condiciones actuales de los países occidentales. El recuerdo de la explotación, la esclavitud y el exterminio cayó víctima de una amnesia democrática, como si los estados occidentales hubiesen sido siempre como lo son ahora, a pesar de que tanto su riqueza como la superioridad de su poder se construyeron sobre la base de una historia sangrienta.

* La traducción corresponde a la edición en español: *El corazón de las tinieblas*, trad. de Sergio Pitol, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1998.

En lugar de ello, estos países se enorgullecen de haber inventado los derechos humanos, de respetarlos y defenderlos, practican la corrección política, se comprometen con las causas humanitarias cada vez que una guerra civil, una inundación o una sequía en África o en Asia despojan a la gente de la base de su supervivencia. Deciden realizar intervenciones militares para propagar la democracia, olvidando que la mayoría de las democracias occidentales se apoyan sobre una historia de exclusión, limpieza étnica y genocidio. Mientras que la historia asimétrica de los siglos XIX y XX se inscribió en el lujo de las condiciones en las que viven las sociedades occidentales, muchos países del Segundo y del Tercer Mundo cargan con el peso de esa historia que por entonces les dejara su legado de violencia: muchos países poscoloniales jamás llegaron a alcanzar un carácter de estados estables, y mucho menos bienestar; en muchos estados, la historia de explotación continuó bajo distinto signo, y en muchas de estas sociedades frágiles no se advierten indicios de mejoras, sino de un deterioro cada vez más profundo.

El calentamiento global, producido como consecuencia del hambre insaciable de energías fósiles en los países de industrialización temprana, afecta con máxima dureza a las regiones más pobres del planeta; una ironía amarga que se burla de cualquier expectativa de una vida justa. En la página 6 de este libro se reproduce la foto del buque correo “Eduard Bohlen”, cuyos restos llevan casi cien años cubiertos por la arena del desierto de Namibia. Este buque tiene un papel pequeño en la historia de la gran injusticia. El 5 de septiembre de 1909 quedó atrapado en la niebla y encalló frente a las costas de ese país, que por entonces se llamaba África del Sudoeste Alemana. Hoy, sus restos se hallan doscientos metros tierra adentro; el desierto fue avanzando cada vez más hacia el mar. El “Eduard Bohlen” integraba la flota de la Woermann-Linie, una compañía naviera de Hamburgo, y desde 1891 navegaba regularmente como buque correo hacia África del Sudoeste. Durante la guerra de exterminio que emprendió la administración colonial alemana contra los herero y los nama, se convirtió en un buque de transporte de esclavos.

En esa guerra genocida, la primera del siglo XX, no sólo murió gran parte de la población nativa de África del Sudoeste; también se esta-

blecieron campos de trabajo y campos de concentración, y los prisioneros de guerra eran vendidos como trabajadores esclavos. Ya a comienzos de la guerra, la administración colonial alemana le ofreció a Hewitt, un traficante sudafricano, 282 prisioneros que habían sido llevados a bordo del “Eduard Bohlen” a falta de un alojamiento mejor y con los cuales no se sabía a ciencia cierta qué hacer mientras los herero no fueran vencidos. Hewitt saltaba de alegría con semejante oportunidad, pero hizo bajar el precio de 20 marcos por cabeza arguyendo acertadamente que los hombres ya estaban en el mar y que él no estaba dispuesto a pagar el precio normal y la tasa aduanera normal por una mercancía ya despachada. Finalmente obtuvo los esclavos a un precio más económico, y el 20 de enero de 1904 el “Eduard Bohlen” zarpó de Swakopmund con destino a Ciudad del Cabo, donde los hombres habrían de trabajar en las minas.¹

Los herero habían iniciado la guerra contra la dominación colonial la noche del 11 al 12 de enero de 1904, cuando destruyeron una línea de ferrocarril y varias líneas de telégrafo, asaltaron fincas pertenecientes a alemanes y dieron muerte a 123 de ellos.² Tras el fracaso de las negociaciones para aplacar las luchas, el gobierno imperial alemán en Berlín puso al teniente general Lothar von Trotha al mando de la *Schutztruppe*, el ejército colonial alemán. Von Trotha se guió desde el principio por la idea de una guerra de exterminio, por lo que no sólo intentó combatir a los herero con recursos militares, sino que tras una batalla campal empujó a sus enemigos hacia el desierto de Omaheke, les impidió el acceso a los puestos de agua y los dejó morir de sed.³ Esta estrategia resultó tan efectiva como cruel; la crónicas hablan de que los herero, muertos de sed, degollaban a las reses para

1 Jan Bart Gewald, “The issue of forced labour in the ‘Onjembo’: German South West Africa 1904-1908”, *Bulletin of the Leyden Centre for the History of European Expansion*, 19, 1995, pp. 97-104, aquí p. 102.

2 Medardus Brehl, *Vernichtung der Herero. Diskurse der Gewalt in der deutschen Kolonialliteratur* [El exterminio de los herero. Los discursos de la violencia en la literatura colonial alemana], Múnich, 2007, p. 96.

3 *Ibid.*, p. 98.

beberles la sangre y después les exprimían los últimos restos de humedad de las tripas con tal de obtener un poco de líquido. Murieron de todos modos.⁴

La guerra continuó aun después de que los herero fueran exterminados: aprovechando que ya estaban allí, a las tropas alemanas se les ordenó desarmar y someter a los nama, otra tribu. Pero, a diferencia de los herero, los nama no se lanzaron a una batalla abierta, sino que emprendieron una guerra de guerrillas que puso a la *Schutztruppe* en graves aprietos, obligándola a tomar medidas que en el transcurso del sangriento siglo xx volverían a aplicarse muchas veces más: para quitarles respaldo a los guerreros, los alemanes asesinaron a las mujeres y a los hijos de los nama, o los confinaron en campos de concentración.

La violencia se produce cuando existe una presión para actuar y exige éxitos. Si no los obtiene, se urden nuevos instrumentos de violencia que cuando resultan efectivos vuelven a utilizarse una y otra vez. Y la violencia es innovadora; crea nuevos instrumentos y nuevas condiciones. A pesar de todo, la *Schutztruppe* alemana recién pudo batir a los nama más de tres años después. Por cierto, no todos los campos de concentración estaban bajo la tutela del Estado; había compañías privadas como la Woermann-Linie que contaban con campos de trabajo forzado propios.⁵

Esta guerra de exterminio no sólo fue un ejemplo de la brutalidad de la violencia colonial, sino que constituyó un anticipo de los genocidios posteriores: con sus intenciones de aniquilación total, con sus campos, con su estrategia de exterminar mediante el trabajo. En aquel entonces, todo esto aún podía relatarse como una historia de éxitos; en 1907, el Departamento I de Historia Militar del Gran Estado Mayor del Ejército informaba con orgullo que no se habían escatimado

4 Jürgen Zimmerer, “Krieg, KZ und Völkermord in Südwestafrika”, en Jürgen Zimmerer y Joachim Zeller (eds.), *Völkermord in Deutsch-Südwestafrika. Der Kolonialkrieg (1904-1908) in Namibia und seine Folgen* [Genocidio en África del Sudoeste Alemana. La guerra colonial (1904-1908) en Namibia y sus consecuencias], Berlín, 2003, p. 52.

5 *Ibid.*, pp. 54 y ss.

los esfuerzos, las privaciones para despojar al enemigo del último resto de fuerzas para resistir; éste iba siendo ahuyentado de un puesto de agua a otro como un animal salvaje moribundo, hasta que cayó por fin, convirtiéndose en víctima involuntaria de la naturaleza de su propia tierra. La región de Omaheke, carente de agua, terminaría lo que habían empezado las armas alemanas: el exterminio de la tribu de los herero.⁶

Esto ocurrió hace cien años; desde entonces han cambiado las formas de violencia, pero sobre todo la manera en que se habla de ella. Son contados los casos en los que Occidente ejerce la violencia directa contra otros países; hoy las guerras son emprendimientos que incluyen grandes cadenas de actuaciones y numerosos actores; la violencia se delega, se transforma, se vuelve invisible. Las guerras del siglo XXI son posheroicas; parece como si se librarán a regañadientes. Y tras el Holocausto, hablar con orgullo del exterminio de pueblos se ha vuelto imposible.

Hoy, el “Eduard Bohlen” yace en la arena, oxidándose; quizás algún día, ante los ojos de un historiador del siglo XXII, el modelo de sociedad occidental en su conjunto, con todas sus conquistas de democracia, sus libertades constitucionales, su liberalidad, su arte y su cultura, parezca encallado tan fuera de lugar como este buque de esclavos que ahora nada en el desierto, un curioso cuerpo extraño proveniente de otro mundo. Si es que en el siglo XXII sigue habiendo historiadores.

Justo ahora que triunfa globalmente y que hasta los países comunistas y aquellos que hasta hace poco lo eran han caído bajo el influjo de un estándar de vida con automóvil, pantalla plana y viajes a lugares lejanos, este modelo de sociedad que tan impiadosamente exitoso supo ser a lo largo de un cuarto de milenio está llegando al límite de su funcionamiento, un límite con el que prácticamente nadie habría contado en estos términos. La sed de energía de los países industrializados —y cada vez más, también, la de los países emergentes— provoca emi-

6 Citado en *ibid.*, p. 45.

siones que amenazan con hacer que el clima pierda el compás. Las consecuencias ya pueden advertirse en la actualidad, pero son impredecibles para el futuro; lo único cierto es que el consumo ilimitado de las energías fósiles no puede continuar indefinidamente, y que el fin no estará dictado por el agotamiento de los recursos, como se pensó durante mucho tiempo, sino por lo incontrolable de las consecuencias de su combustión.

Pero el modelo occidental está llegando a su límite no sólo porque el impacto que la contaminación genera en el clima se volverá incontrolable, sino también porque una forma de economía globalizada que apuesta al crecimiento y a la explotación de los recursos naturales jamás puede funcionar como principio universal. Por lógica, una economía así sólo puede funcionar si el poder se acumula en una parte del mundo y se aplica en la otra; su esencia es particularista, no universal: no es posible que todos se exploten unos a otros. Dado que la astronomía aún no puede ofrecer planetas colonizables a una distancia que esté a nuestro alcance, no se puede evitar llegar a la triste conclusión de que la Tierra es una isla. No habrá otro lugar adónde ir una vez que se hayan agotado las tierras y arrasado los campos de materias primas.

El problema es que como se están agotando los recursos para la supervivencia, al menos en algunas regiones de África, Asia, Este de Europa, América del Sur, el Ártico y los países isleños del Pacífico, cada vez más personas contarán con una base menor para asegurarse la supervivencia. Y es evidente que esto llevará a conflictos violentos entre todos los que pretendan alimentarse de una única porción de tierra o beber de la misma fuente de agua que se agota, como también es evidente que dentro de un tiempo no muy lejano será difícil distinguir razonablemente entre los refugiados climáticos y los refugiados de guerra, porque las nuevas guerras están condicionadas por el clima y las personas huyen de la violencia. Como tienen que quedarse en algún lugar, se desarrollan nuevas fuentes de violencia: en los propios países, en los que no se sabe qué hacer con los refugiados internos, o en las fronteras de los países a los que pretenden emigrar, donde no son en absoluto bienvenidos.

Este libro analiza la relación entre el clima y la violencia. En algunos casos, como el de la guerra en Sudán, la relación es directa, casi pal-

pable. En muchos otros contextos de violencia actual y futura —guerras civiles y permanentes, terror, inmigración ilegal, conflictos de fronteras, disturbios y levantamientos—, la conexión entre los efectos del clima y los conflictos ambientales se establece sólo de modo indirecto, y sobre todo de un modo tal que el calentamiento global acentúa las desigualdades globales en las situaciones de vida y las condiciones de supervivencia porque afecta a las sociedades de un modo muy dispar.

Pero más allá de si las guerras climáticas constituyen una forma directa o indirecta de resolver los conflictos en el siglo *xxi*, lo cierto es que la violencia en este siglo tiene mucho futuro. Este siglo será testigo no sólo de *migraciones masivas*, sino también de la resolución violenta de *problemas de refugiados*, no sólo de tensiones en torno de los derechos de agua y de extracción, sino de *guerras por los recursos*. Una de las características principales de la violencia tal como la ejerce Occidente consiste en su esfuerzo por delegarla lo más lejos posible: a compañías privadas de seguridad y violencia o, en el caso de la seguridad fronteriza, en el hecho de que las fronteras se desplacen hacia fuera, hacia países dependientes en lo político y lo económico. Los esfuerzos realizados en materia de políticas de seguridad por capturar a los criminales antes de que lleguen a cometer los crímenes, es decir, por adelantarse a los hechos, también se inscriben en este proceso que lleva a que las acciones violentas sean cada vez más indirectas. Mientras Occidente no sólo echa mano del recurso directo de la guerra, como en Afganistán o en Irak, sino que prefiere desplazar la violencia hacia afuera, volviéndola indirecta, en otros países se registran situaciones sociales en las que la violencia se vuelve una presencia permanente y la condición básica en la que las personas intentan llevar adelante sus vidas. Todo esto expresa la misma asimetría que hace 250 años fue decisiva para la historia universal, que continúa hasta el día de hoy y que se profundiza a raíz del calentamiento global.

Sería infructuoso pretender realizar una investigación que se ocupara puramente de hacer pronósticos sobre las guerras y los conflictos violentos futuros, porque los procesos sociales no se desarrollan de manera lineal —hoy no se puede saber qué migraciones pondrá en marcha el derretimiento del permafrost en Siberia, o qué clase de violencia desa-

tará la inundación de una megalópolis o de todo un país—. Y menos aun puede saberse cómo reaccionarán las personas ante las amenazas que sientan en el futuro, ni tampoco qué consecuencias desencadenarán a su vez esas reacciones. Por cierto, lo mismo vale para los intentos de las ciencias naturales por entender el cambio climático y sus consecuencias: suele pasarse por alto con mucha facilidad el hecho de que la base argumentativa de los investigadores del clima suele ser histórica. Por ejemplo, al medir la concentración de dióxido de carbono en el aire o en el agua en capas heladas o rocosas cuya edad puede determinarse con exactitud, lo que están haciendo es extrapolar resultados de procesos de cambio que ya han sido comprobados.

Los escenarios futuros que generan inquietud en la opinión pública se basan entonces en datos provenientes del pasado; de manera análoga, en este libro no se especulará tanto sobre los futuros posibles, sino que más bien se informará cómo y para qué se ejerció la violencia en el pasado y se la usa en el presente, para así poder calcular qué futuro le espera en el siglo XXI. Dado que la violencia constituye *siempre* una opción de actuación humana, es inevitable que también se encuentren soluciones violentas para los problemas causados por los cambios en las condiciones climáticas.

Por eso, en las páginas que siguen no sólo se encontrarán descripciones de *guerras climáticas*, sino también investigaciones acerca de cómo los hombres deciden matar en el marco de las guerras, o acerca de cómo se modifica la percepción del medio ambiente (porque lo que define el modo de actuar de los hombres no son las condiciones objetivas de una situación, sino la manera en que ellos perciben e interpretan esas condiciones). En este contexto entran también cuestiones tales como por qué algunos hombres deciden convertirse en terroristas suicidas, por qué existen guerras a las que nadie quiere poner fin o por qué hay cada vez más personas dispuestas a cambiar su libertad por promesas de seguridad.

El libro tiene básicamente la siguiente estructura: comienza exponiendo que la sensación de problemas demanda soluciones cuando se percibe como una amenaza, continúa con tres investigaciones sobre las matanzas de ayer, hoy y mañana y culmina con una descripción de

los *shifting baselines*, es decir, del fascinante fenómeno que consiste en que los hombres transforman su percepción y sus valores junto con el medio ambiente sin percatarse de ello.

La cuestión que necesariamente se plantea en el cierre un libro como éste es qué se puede hacer para impedir que ocurra lo peor, o –para expresarlo con más dramatismo– para aprender de las lecciones de la Historia. De ahí que el primer capítulo de cierre trate de las posibilidades de un cambio cultural que permita salir de la lógica mortal del crecimiento incesante y el consumo ilimitado sin que eso tenga que experimentarse necesariamente como una renuncia. Recomendando a los optimistas concluir la lectura en ese capítulo y reflexionar acerca de lo que pueden hacer con la idea de una *buena sociedad* que se desarrolla allí.

Porque a continuación hay un segundo capítulo de cierre que representa el lado oscuro y equivale a mi apreciación de cómo terminará la cuestión del cambio climático: mal. Sus consecuencias no sólo cambiarán el mundo y establecerán condiciones diferentes a las que conocimos hasta ahora; también constituirán el fin de la Ilustración y su idea de la libertad. Sin embargo, hay libros que uno escribe con la esperanza de estar equivocado.